

**NOTICIAS DE DON AGUSTIN DE ITURBIDE
Y HUARTE.**



NOTA

Entre los hijos que mencionamos del célebre don Agustín de Iturbide y Aramburu, citamos como primogénito a don Agustín Gerónimo, que debió nacer en Valladolid de Michoacán, año de 1807, y murió en Nueva York el 11 de noviembre de 1866. (1)

Vivió muchos años en Filadelfia, en compañía de su familia. Allí halló a los Iturbides el político yucateco Dr. Justo Sierra O'Reilly, cuando desempeñaba una delicada misión política, 1847-1848.

Sierra O'Reilly, nacido en Tixcaltuyub, cerca de Sotuta, Yucatán, el 24 de septiembre de 1814, había sido comisionado por el Gobernador de Yucatán, don Santiago Méndez Ibarra, campechano, su suegro, para alegar ante el gobierno de Estados Unidos la neutralidad de esa provincia en la guerra que sostenía México con ese país, y que así se alzara el bloqueo de los puertos yucatecos por los buques de guerra yanquis. Yucatán estaba entonces separado de México a causa de un movimiento federalista que

1.—Véase el número anterior de este Boletín, pp. 331-335. Por un error afirmamos en ese trabajo que don Salvador de Iturbide y Marzán, hijo de don Salvador de Iturbide y Huarte, fué quien adoptó Maximiliano como heredero de la corona. No fué él sino su primo hermano, don Agustín de Iturbide y Green, hijo de don Angel de Iturbide y Huarte, quien más tarde abrazó el estado monástico, entrando en un convento en los Estados Unidos de América.

Don Agustín Gerónimo de Iturbide y Huarte murió sin sucesión.— Véase RICARDO ORTEGA Y PEREZ GALLARDO, *Historia Genealógica de las Familias más Antiguas de México*, III (México, 1910) "Familia Iturbide" pp. 2-3.

exigía el respeto de sus privilegios regionales. Estando ya Sierra O'Reilly en Estados Unidos se inició en el oriente de Yucatán la rebelión de los indios mayas, que llegó hasta extremos de amenazar la existencia de la raza blanca en esa península. Sierra O'Reilly recibió entonces órdenes de pedir auxilio urgente de Estados Unidos de América, porque Yucatán se hundía, y que si era necesario solicitase la anexión de Yucatán a esa nación, mientras también se pedía igual auxilio de las autoridades españolas de la isla de Cuba.

Estando Sierra O'Reilly en esa delicada misión, visitó Filadelfia, enero de 1848, y nos refiere la conversación que sostuvo con don Agustín de Iturbide y Huarte, una larga entrevista que duró once horas. Y además de las impresiones personales, consigna Sierra O'Reilly interesantísimas noticias retrospectivas y actuales de un momento político trágico para México y los prolegómenos de una nueva etapa de nuestra historia: la lucha entre liberales y conservadores, y el II Imperio.

Sierra O'Reilly, federalista y liberal, colocado en una situación difícil por los aspectos políticos adoptados por su provincia ante el desastre de la nación, invadida y destruzada, debió mirar con cierto interés la figura del hijo primogénito del que se coronó Emperador de México con el nombre de Agustín I.

Hemos extractado esa entrevista de la obra misma que publicó Sierra O'Reilly en Campeche, 1851, con el título IMPRESIONES DE UN VIAJE A LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA Y AL CANADA, tomo III, pp. 264-270.

J. I. R. M.

"Ni una sola vez estuve en Filadelfia sin que me viniese el recuerdo, de que allí existía la respetable familia del ilustre don Agustín de Iturbide, fundador inmortal de la independencia de la patria, y víctima sangrienta de un odioso crimen que nada puede borrar, y que mientras más años pasen, mayor ha de aparecer su deformidad en la historia mexicana. En efecto, allí permanecía en voluntario destierro la señora viuda con sus dignas hijas, y me era muy sensible no poder presentarme en su casa para tributarles mi respeto y profundas simpatías; pero por más diligencias que practiqué, no pude ponerme en contacto con ninguna persona que me introdujese; y a pesar de mis títulos de mexicano y de la especie de derecho que me daba el culto que siempre he tributado a la memoria de aquel caudillo cuyo nombre cubierto entonces dé bendición y aplauso, fué acaso el primero que resonó en mis oídos infantiles; a pesar de todo eso, repito, no me atreví a presentarme, sin encontrar quien me introdujese. Cuando pude haberlo conseguido, ya era tarde: estaba a punto de partir definitivamente de Filadelfia, trayendo conmigo ese pesar.

"Era un domingo, y en el tren del lunes por la mañana debía salir. Al volver de una iglesia y esperar en el gabinete de lectura de Jones Hotel la hora de la comida, acercóse a mí un joven mayorquín, dependiente del establecimiento, y señalándome con el dedo a un caballero que leía gravemente junto a una mesa, me dijo que ese individuo era un mexicano distinguido, cuyo nombre no le era posible recordar. Tampoco a mí se me ocurrió cuál pudiese ser, y no teniendo quién me presentase, me pareció poco regular dirigirmele, ignorando hasta su nombre e interrumpirle en su seria ocupación. Pero el mismo joven dependiente, quien conocía mucho a aquel individuo, por la

frecuencia con que se presentaba en Jones Hotel, se dirigió al caballero y seguramente hubo de indicarle que yo era también un mexicano, si bien tampoco pudo decirle mi nombre. Aunque frecuentemente estropeado y desfigurado de la manera más lastimosa, éste se había repetido y se repetía diariamente en casi todos los periódicos de la Unión, ávidos de noticias que comentan y amplifican a su modo para sacar todo el partido posible de ellas. Las ruidosas desgracias de Yucatán en aquel año, habían sido la ocasión de que el nombre de su comisionado en Washington fuese bastante familiar, y ya puede inferirse si llamaría o no la atención de cualquier mexicano residente en el país. El desconocido de Jones Hotel tenía un medio de saber cuál era el nombre del compatriota que se le designaba, y de ese medio yo carecía. Cada viajero que se hospeda en un hotel inscribe su nombre en el registro público de la casa, y frecuentemente acompaña a su nombre propio el de su país. Pareciéndome bien semejante costumbre, yo siempre escribía en esos registros la nota siguiente: "Justo Sierra, de Yucatán". Así es que mi compatriota al oír la especie de que estaba presente un mexicano, y que se alojaba en el hotel, se incorporó con alguna viveza, se acercó al registro, vió el número que el dependiente le indicaba, y luego supo mi nombre: mis demás circunstancias las sabía perfectamente, y de antemano, de todos los periódicos que leía. Entonces, con paso mesurado se dirigió a donde yo estaba: incorporéme al verle acercarse, me tendió la mano con mucha cordialidad y me dijo entonces quién era. Yo no puedo explicar el grado de emoción que experimenté cuando supe, que estaba hablando con don Agustín de Iturbide, hijo mayor del héroe de Iguala, y que en una época brillante de su primera juventud, que pasó con la misma rapidez de un fugitivo relámpago, fué saludado en medio de la gratitud nacional con el vano y efímero título de príncipe heredero del imperio mexicano. Su presencia era para mí toda una historia viva de mil gloriosos sucesos y de una inmensa desgracia. Era imposible dejar de sentir una enérgica simpatía, y yo que jamás he

poseído el talento de reservar mis propias emociones ni mis sentimientos, no pude menos de significarlos al Sr. de Iturbide con toda la expresión de que era capaz.

"Nuestra conversación duró de seguida once horas, porque habiendo invitado a comer conmigo a don Agustín, aceptó con franqueza la invitación, y tuve el gusto de que se prolongase nuestra entrevista hasta una hora bastante avanzada de la noche. Como el lector puede inferirlo fácilmente, el tema de nuestra conversación fué la común patria, tan postrada y humillada entonces. Hablamos de la época de la independencia, del papel que aceptó en el nuevo gobierno la infortunada víctima de Padilla, de las revoluciones sucesivas que apenas si han conquistado un principio, cuyas consecuencias no se quieren aceptar, de la invasión americana, de la humillante paz de Guadalupe Hidalgo, de las guerras civiles, de los llamados partidos y sus aspiraciones; de todo, en fin, lo que podía tener conexión directa o indirecta con nuestro país. El señor Iturbide fué educado en Inglaterra y estuvo en contacto con la alta sociedad inglesa, en donde era bien aceptado. Sirvió después en la antigua república de Colombia, en calidad de edecán del inmortal Simón Bolívar, a quien suponía de más medios y capacidad que su propio padre el antiguo emperador de México. Me habló también de las faltas de éste con harta imparcialidad, y de sus virtudes que sabía apreciar debidamente. Por resultado de esta conversación me he convencido, que la independencia mexicana nunca ha dejado de ser un objeto de especial culto para esta distinguida familia. Ahora, en cuanto a las creencias particulares de don Agustín, o de sus aspiraciones, si las tiene, no sabré decir una palabra. Sin embargo, es bien sabido que en México, y yo espero que sea solamente en la ciudad de México, existe una especie de partido político que se llama asimismo **conservador**, aunque es notorio que sus tendencias son las de cambiar radicalmente los principios y los medios del Gobierno Constitucional que hoy existe. Los elementos constitutivos de ese partido se deben ir a buscar, sin ir

muy lejos, en los mal organizados restos de aquel que cooperó eficazmente a la caída de Iturbide, no por amigo de la república, porque el partido que proclamaba a ésta se refundió después en el federalista, sino por enemigo de la independencia nacional. Ahora bien; aunque es obvio para quien conozca algo nuestra historia, que el partido llamado hoy conservador aspira al establecimiento de una monarquía con un príncipe extranjero, me pareció que don Agustín, sospechaba la existencia de un nuevo elemento en el partido conservador, cuya tendencia era la de una monarquía nacional. Si esto fuese así, y séame permitido dudarle hasta no ver las pruebas, en tal caso el heredero legítimo del emperador de México debería ser llamado a recobrar la antigua posición de su padre. No es decir, ni que esto deje de ser una quimera, que por tal la tengo; ni que don Agustín abrigue alguna idea en este respecto, porque a lo menos yo no lo he comprendido así. Mas sea de esto lo que fuese, de lo que debemos estar seguros es, de que el partido conservador a pesar de la afectada predilección y falso respeto con que habla de Iturbide, y hace revivir su memoria, en el fondo de su corazón detesta esa memoria, desprecia a ese héroe y no puede perdonarle jamás el suceso del 18 de mayo de 1822. No hay cosa más fácil que seguir el camino de ese partido, desde su origen, a través de nuestra historia. ¡Ah! Ningún mexicano sincero amante de su país, puede detenerse sin amargura en las piedras miliarias de esa vía ominosa”.